

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

3



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1962

CARTAS DE UNAMUNO

ALFONSO ARMAS AYALA
Las Palmas de G. Canaria

DON MIGUEL DE UNAMUNO tuvo a gala ser un español que conocía su patria palmo a palmo. Viajó mucho, no con afán turístico, sino con curiosidad insaciable de viajero. Sus libros —sus ensayos— prueban la huella que dejó en el escritor este peregrinaje espiritual a todo lo ancho de la Península; de la Península y de sus islas adyacentes, porque también visitó a Baleares y Canarias.

Precisamente, estas cartas que publicamos están relacionadas con su viaje a Canarias en 1910, la primera vez que Unamuno llega a las Islas Canarias (en 1924, al ser desterrado por Primo de Rivera, volvería; esta vez a Fuerteventura, durante casi tres meses). Don Miguel había sido invitado como mantenedor de unos Juegos Florales, y no desaprovechó esta ocasión; aunque no gustase de los Juegos, aunque los vituperase, aunque los Juegos fuesen el pretexto para manifestar su incomodidad.

De estos dos viajes nació un libro —*De Fuerteventura a París*—, algunos ensayos —publicados en *La Nación*, de B. Aires, en *La Libertad* de Madrid—. . . y la promesa de otro libro, aún más denso, sobre el *Aislamiento y otras cosas*; promesa que nunca llegó a consumar. Pero, además de los libros, brotó en unos pocos corazones insulares, estremecidos por su palabra, la llama de la inquietud y de la desazón. Un poeta, "Alonso Quesada" —constreñido de soledad y aislamiento— encontraría en la ideología unamuniana asiento seguro para su poesía; y otro insular, escritor incipiente, Manuel Macías Casanova, se convertiría casi en hijo de su mismo espíritu, Domingo Doreste —ex-alumno suyo en Salamanca— y Francisco González Díaz —periodista y orador son los destinatarios de estas dos cartas; dos, entre otras muchas que Unamuno escribió a sus amigos de las Islas. Y que, con la eficacia *de su acción personal y directa*, tanto hicieron por encender rescoldos unamunianos en el oasis enervante del Archipiélago.

Sí, oasis. Porque Miguel de Unamuno, descubridor de la "modorra" y la somnolencia insulares, también vivió en Fuerteventura, en los años del destierro, este clima de abandono y de sosiego. Aunque él, paradójico, convirtiera la paz en guerra, el descanso en lucha, la indiferencia en pasión. Esa guerra, esa lucha y esa pasión que inútilmente quiso encender en los insulares en 1910; chisporroteantes por domésticos problemas de campanario, por divisiones provinciales, por autonomías administrativas... y por caciquismo enfervorizador.

Miguel de Unamuno intentó luchar contra todo esto; y fracasó. Porque quiso injertar el temple ibérico en el nihilismo africano. O porque no fue capaz de despertar en los otros corazones esa chispa que se hizo llama en los de Alonso, Macías y Doreste, tres fervientes discípulos de Unamuno en Canarias.

Unamuno quiso, en fin, transmitir a su auditorio insular —pronunció dos discursos y dos charlas— todo el fuego, toda la brasa encendida de su corazón español. Y no contento con la palabra hablada, la escrita; a través de la carta. Gracias a la cual, antes y después de su viaje, Don Miguel iba desbordándose, exteriorizándose, entregándose con generosidad. Ya que en la carta, retrato fiel de cualquier hombre, Miguel de Unamuno seguía hablando en alta voz, sin engaños, sin retoricismo, sin fraude alguno. Confesándose en alta voz, y buscando la confesión de su destinatario, Miguel de Unamuno vigorizaba su espíritu... y trataba, al mismo tiempo, de infundir vigor al de quien le leía o le escuchaba.

Monólogo en alta voz; esta sería la mejor definición de una carta unamuniana. Un vuelco absoluto hacia afuera, un ahondamiento en lo más entrañable de su conciencia, un afán de conquista del ánimo del que presenciaba esta exteriorización tan singular. "Verter el corazón del alma": tal era su consigna epistolar. Y siempre, aun siéndole difícil en ocasiones, supo cumplirla.

I

"LE HE AÑADIDO ALGUNAS COSAS"

Domingo Doreste —"Fray Lesco" fue su pseudónimo literario— había intervenido como mediador en el viaje de Unamuno a Las Palmas. Cursando Leyes y Filosofía en Salamanca, había hecho hablar a don Miguel para una revista profesional —*Revista de Municipios*—, en la cual Unamuno se enfrentaba con valentía con el "problema insular"; reducido a es-

tos extremos: si debía haber una nueva provincia con capital en Las Palmas, o si debía subsistir la única capitalidad en Santa Cruz de Tenerife. Don Miguel, desconocedor de la historia infra insular, diagnosticó, desde tan lejos y con tan escasos elementos de juicio, con absoluta precisión. El problema —venía a decir— era uno más de los tantos regionalistas que ahogaban a España, campanarismo pueblerino y cabilismo individual. Esta era su conclusión.

Doreste transmitió a los periódicos de Las Palmas las declaraciones de Unamuno, en verdad poco gratas a los ánimos exaltados de los grancanarios. Pero bueno es conocer algo del texto de una carta de don Miguel, corrector y adicionador del artículo de Doreste.

"Ahí le devuelvo eso. Está bien. Le he añadido algunas cosas, al texto, y le doy unas notas para que conforme a ellas amplíe otras (a). Lo que le ruego es que haga resaltar más aún la ignorancia en que vivimos de las cosas de Canarias —acaso esto pueda usted atribuírmelo— porque los canarios viven más con la vista puesta en América que en la Península... Adiós,

UNAMUNO

- a). Debe usted insistir en lo de nuestra ignorancia respecto de las cosas de Canarias. El español apenas sabe geografía de su propia patria; yo, que creo saber alguna más que la mayoría, aún sé muy poca.
2. A lo de que las ciudades son la conciencia de una región —así, en esta frase— añada que el bizcarrismo ha nacido en Bilbao mismo. Esto de las ciudades se ve en Grecia; Atenas era el Atica, Esparta era Lacedemonia..."

Unamuno declarando su afán de conocer y de definir. Aconsejando cultura geográfica a los españoles —geográfica y de la otra— como diría en uno de los discursos pronunciados en Las Palmas. Pidiendo a los españoles continentales y a los insulares mutua comprensión (que "del conocimiento nace el amor", diría desde el escenario del Teatro Pérez Galdós, de Las Palmas). Y dictando algo de su teoría sobre la supremacía ciudadana; lo mismo que había dicho en Bilbao —atacado también de peligroso autonomismo—, en su misma patria, aunque ni los bilbaínos ni los canarios comprendiesen bien, ni aceptasen su teoría. Además, una frase —sobre la cual se extendería en la carta de G. Díaz—: "los canarios viven más con la vista puesta en América que en la Península. No se equivocaba mucho: Tomás

Morales, el poeta insular de aquellos años, después de haber vivido en Madrid y de haber conocido lo mejor de la generación del año 12, volvería "su vista" hacia Rubén; y, en el orden económico, Canarias seguía siendo —como lo fue en los siglos XVII y XVIII— semillero de colonización americana: primero, como "colonos" y después, como "emigrantes".

Era natural que no fuese bien acogido este artículo de Unamuno. El propio Doreste tuvo que aclarar conceptos en periódicos canarios, y hasta defender a Unamuno de los eternos puritanos y disconformes. Tanto "Alonso Quesada" como Doreste pronuncian conferencias, dictan charlas, comentan textos unamunianos, poco antes de la llegada del Maestro. (Es curioso recordar la charla pronunciada por "Alonso Quesada" sobre *Apuntes para un tratado de cocotología*, el 4 de junio de 1910; apenas veinte días antes de la llegada de Unamuno). Pero sus esfuerzos fueron baldíos; baldíos, para unamunizar al auditorio. Sólo consiguieron despertar algo la curiosidad insular —la ulisaica curiosidad de que hablaría Unamuno—, ilusionada con escuchar al "sabio catedrático" que quizás —se pensaba— viniese a fortalecer los sueños divisionistas.

No; los insulares no comprendieron bien aquello de que "la cuestión divisionista es una pugna no entre dos grupos del Archipiélago, sino entre dos ciudades"; ni de que "es una ciudad la que hace una región y le da conciencia de sí misma". No. No comprendían eso; porque pretendían ver en las palabras del "sabio catedrático" —calificativo muy común entre la prensa de la época —un no sé qué de ironía, y otro no sé qué de "antidivisionismo". De antidivisionismo porque no eran capaces de admitir el antagonismo sistemático de Unamuno, sin duda raíz primera de aquella su postura singular ante el problema de la división administrativa del Archipiélago.

"Y eso de la curiosidad..."

La otra carta a Doreste es del 30 de marzo de 1910. Unamuno ya tiene decidido el viaje a Canarias, y apunta a Doreste algunas ideas que luego desarrollaría en sus discursos canarios.

Primero, su desdén por los Juegos Florales y su curiosidad por conocer a la isla y a los insulares. La nota que apunta acerca del liberalismo es buena prueba del clima favorable con que deseaba rodear "Fray Lesco" la llegada de Unamuno a Las Palmas. Leyendo el artículo aludido por Unamuno —*De vuelta a las Palmas*—, no es difícil percibir entre líneas muchas ideas unamunescas, mucha enjundia conceptual y bastante acritud en la expresión.

Luego, "eso de la curiosidad". Unamuno, tergiversando la geografía deseaba rodear a los insulares canarios de aquel hálito mediterráneo que había animado a Ulises y a los suyos a desafiar a todas las sirenas. Ulises y los

ulisaicos tenían tras de sí siglos de cultura, y los *isleños* —nótese la diferencia semántica del nuevo sufijo— sólo podían exhibir siglos de Prehistoria neolítica y alguna aventura legendaria, como aquella de San Borondón. La mitología atlántica fue más destructora que creadora, aunque el mitólogo Unamuno se esforzase por recrear una nueva; o aplicar la clásica a unos moldes que le venían pequeños. No por otra razón luchaba Unamuno por despertar en el ánimo insular la curiosidad, el afán de conocer, la chispa de amor hacia otros hombres de otros horizontes.

Noticias teatrales. Corresponden con las que Unamuno proporciona a otros corresponsales de este año (vid. *Miguel de Unamuno*. Teatro. Barcelona, 1954. Edic. M. G. Blanco, pp. 18-19), y es necesario añadir que *La Esfinge*, la primera obra teatral de Unamuno —en la cronología— se estrena por la Cobeá y Oliver, en el Teatro Pérez Galdós, pocos meses antes de la llegada de don Miguel. Tanto Tomás Morales como "Alonso Quesada" dedicaron críticas alentadoras a estos estrenos; aunque quizás hayan sido las de Manuel Macías Casanova las más valiosas. Con seguridad, la obra a la que se refiere es *El Pasado que Vuelve*, drama reelaborado años después, como apunta G. Blanco en el citado prólogo ("Teatro...")

A continuación una idea que se hace reiterativa en la prosa de Unamuno; especialmente, en su oratoria: "Yo no voy a enseñar..." Este fue el origen de su fracaso. El isleño no admitía sino a quien viniese a deslumbrarlo con quiméricas alquimias, con taumatúrgicas soluciones, con doctrinas hiperbólicas; en eso, el isleño era tan infantil, mucho más infantil que aquellos insulares griegos atraídos por los sirénicos cantos. Si el "sabio catedrático" no traía ninguna de estas cosas, ¿para qué oírlo, para qué escucharlo? Pero Unamuno aprendió. Y mucho. No sólo en Gran Canaria —al ponerse en contacto por vez primera con el aislamiento—, sino en los años del destierro fuerteventureño, cuando — como le diría a Ramón de Castañeyra, otro corresponsal suyo —descubrió *la Mar* y cuando trashondó el secreto de Galdós, "que fortaleció aún más si cabe mi amor a España".

El propósito de escribir sobre las Islas —ya se dijo anteriormente— lo cumplió. Aunque lo escrito haya hoy que reunirlo y ordenarlo. Escribió en *La Nación*, en *La Libertad*, en *La Mañana* —de Las Palmas—, en... las incontables cartas, en las poesías inéditas, en tal o cual hoja de álbum. Unamuno sintió la isla; y la definió. Resultó ser un excelente geógrafo, y un feliz diagnosticador. Lo malo —bueno es repetirlo— es que el enfermo no salió satisfecho con un médico tan poco galante. Sin duda, como diría Unamuno en uno de sus discursos, "porque sentía voluptuosidad de su propio mal".

"DEFIÉNDASE DE LA NUBE..."

Don Francisco González Díaz, el otro corresponsal de Unamuno, fue un ágil periodista y un espíritu sarcástico. Recogió en un volumen, *Especies*, los fragmentos más felices de su prosa periodística; fragmentos que, como su vida, no pudo nunca fundir en una unidad. Espíritu solitario y amargado, distaba de Unamuno en el abismo de su hosquedad; por ello, como apunta Unamuno entre líneas, no quiso o no se atrevió a conocer personalmente a Unamuno, durante la permanencia de éste en Las Palmas.

La primera recomendación de Unamuno: "fundir y engarzar todo eso en conjuntos". ¡Difícil cosa para G. Díaz! No tenía el periodista los arresos del ensayista, ni la soltura del escritor que era Unamuno. Además, aquel "aisloteamiento" en que procuraba vivir G. Díaz dificultaba aún más estos "engarces".

La Angustia, otro tema; aquí, bajo la forma del suicidio. Unamuno, augur; prediciendo a un futuro suicida su destino; pretendiendo llenar su vaciedad espiritual —"su falta de fe"— con ansias de sacrificio. Unamuno audaz frente a G. Díaz, tímido; apartándolo del precipicio de la egolatría; lanzándolo contra el paredón de la multitud. Y, sobre todo, enseñándole a esperar. A esperar sin desesperarse; como hacía él mismo. A luchar activamente; a no dejarse vencer por el arrebato. Y, para fortalecer aún más el ánimo de su corresponsal, una íntima confesión: la vencida tentación de suicida que tuvo el propio Unamuno. Don Miguel, en resumen, henchido de duda, pero también generoso en la fe: aquella que él mismo buscaba.

América, lo americano: otro párrafo. Papanatería frente a la "oquedad hispanoamericana" —como diría en otro lugar; esto es lo que le estaba diciendo a G. Díaz. Unamuno exterioriza aquella su santa fobia —luego tan injustamente criticada— por los "criollos". Nótese, sin embargo, la distinción que hace de Darío —"profundo, incongruente..."—, a quien admiraría luego sin prejuicio alguno. Sobre todo, deseaba Unamuno apartar a G. Díaz de la vanidad criolla —tan española, por otra parte—, en la que él veía caer a su corresponsal. Nada de conventículos personales, ni de "torres de marfil"; esto sólo conducía a hinchar más el egoísmo, a borrar más la personalidad. Y lanzarlo en medio del ágora, saturarlo de humanidad era lo que deseaba Miguel de Unamuno.

Aislamiento: meollo de la carta. Aquí volcó Unamuno, por primera vez, después de su discurso en el "Pérez Galdós", su teoría del aislamiento. La Isla, indecisa y solitaria nube, es albergue de un solitario; de quien, vacío de

"tráfago interior", pretendía uncir su soledad a fuerza de retazos, a fuerza de resquemor. Unamuno, aislado en medio de "la plaza pública", arremetiendo contra todo, alborotándolo todo, quijoteando cuanto tocaba su tauturgia; y G. Díaz, "rodeado de vanidades y de envidias", flotando en un mar de nubes plácidas. Nubes a las que don Miguel quería ver exultantes de tormentosa furia: para que sacudiese el enervamiento de su viajero.

Por eso, el consejo de Unamuno: contra la isla, el continente. Tierra firme, sin océanos de miserias, sin "encerronas", sin bajíos farisaicos. Tierra en la que se pisara fuerte, reciamente, sin temor; en donde a la placidez, la paz y la soñarrera substituyeran el estruendo, la acritud y la gravedad. Reciedumbre de piedras milenarias, aspereza de campos en barbecho, perennidad de una tradición milenaria. Para llegar a todo esto hacía falta conocerlo; y esta era la invitación de Unamuno, desoída por su corresponsal: continentalizarse en vez de aislarse.

Pero G. Díaz no era hombre de batalla, ni de dureza. Vacilante, endeble, prefirió la blandura, "la encerrona", la cartuja de su egomanía. Prefirió seguir su viaje, su vagoroso viaje: lejos de la hondura oceánica, vecino de las femeniles playas. Huyendo tal vez de la "aspereza", del *desabrimiento* y de la *dureza* a que le invitaba Unamuno.

30-III-10

Sr. D. Domingo Doreste.

Por fin, mi querido amigo, por fin contesto a sus dos cartas. Desde luego, su carta abierta "De vuelta a Las Palmas", ha de serme muy útil ahí. Pues es cosa decidida el que vaya en la segunda quincena de junio. Ya ve usted, sólo para eso han diferido los Juegos Florales. Juegos Florales... ¡Uf! Ya sabe usted la mala voluntad que les tengo, pero los tomaré, como otras veces he hecho, de mero pretexto. Y con tal de visitar ésa...

Sus noticias sobre el liberalismo que ahí como aquí domina, y la falta de concepto europeo de esencia, del sabio y del progreso, son noticias que he de utilizar, ya verá usted. En las notas que estoy tomando para el discurso, y lo que luego salte, su carta abierta figura a la cabeza del expediente. Ruiz Zatay, el actor, me habló de ese público ahora, en Madrid. Y me hizo concebir una elevada idea de él. Hay, por lo que me dijo, un grupo de gentes cultas, que se enteran y conservan la respetuosidad que aquí se va perdiendo. Y eso de la curiosidad que Ud. me dice vale mucho.

Acaso sea cosa de isleños que ven pasar muchas gentes. Los griegos de las

islas, los hijos de Ulises, eran curiosos. Usted sabe la historia de las sirenas, tal cual en la Odisea se nos narra.

He pasado esta semana en Madrid, en donde tuve que acudir para asuntos. Y de paso traté lo del teatro. Oliver y la Cobeña están entusiasmados con el último drama que les entregué: aquél —creo le he hablado de ello— en que transcurren 25 años de acto a acto. Quisiera hacerlo en Barcelona y Bilbao y luego en Madrid a fines de temporada para que dure más. Después de él, en que fían mucho, daría "La Esfinge".

Por lo que hace a los ejemplares de mi "Quijote", cuando vaya a ésa lo arreglaré ahí mismo.

¿Estará Ud. entonces ahí?

Yo no voy a enseñar e informar, sino a aprender a informarme; voy sobre todo a conocer a esas islas, sobre las que quiero escribir luego. Pienso traerme de ahí un mamotreto de apuntes y notas.

Mi propósito es desde luego enviar a "La Nación", de Buenos Aires, algunas correspondencias sobre ésa y luego hacer un libro si la materia da para ello.

Basta por hoy.

Sabe cuán su amigo es,

MIGUEL DE UNAMUNO

II

Amigo Doreste: Ahí le devuelvo eso. Están bien. Le he añadido algunas cosas en el texto y le doy unas notas para que conforme a ellas amplíe otras.¹ Lo que le ruego es que haga resaltar más aún la ignorancia en que vivimos de las cosas de Canarias acaso —y esto puede Ud. atribuírmelo— porque los canarios viven con la vista puesta más en América que en la Península. ¿Cuántos peninsulares —atribúyame también esto— no siendo empleados o militares van a Canarias por conocerlas, por pasar una temporada, por turismo, etc.? ¿Y hacen algo los canarios porque haya excursionistas de éstos? Adiós.

UNAMUNO

¹ Debe usted insistir en lo de nuestra ignorancia respecto a las cosas de Canarias. El español apenas sabe geografía ni aún de su propia patria. Yo que creo saber alguna más que la mayoría, aún sé muy poca.

² A lo de que las ciudades son la conciencia de una región —así, en esta frase— añadida que el bizcarrismo ha nacido en Bilbao aunque a las veces asuma ciertas formas de aparente hostilidad a Bilbao mismo. Esto de las ciudades se ve en Grecia. Atenas es el Atica, Esparta era Lacedemonia.

6-VII-12

Sr. D. Francisco González Díaz.

Usted sabe muy bien, amigo mío, cuán difícil es hacer un libro de fragmentos o artículos cortos. Lo que en un conjunto orgánico se defiende bien, aquí queda expuesto a comparaciones. Usted debe aprovechar toda su inmensa labor periodística para fundir y engarzar todo eso en conjunto. Se lee mejor de un tirón una novela o una disertación en 300 páginas que cien artículos que ocupen ese mismo espacio. En cambio... leer a retazos, como fue... Hay además, en su libro "Especies" cosas que debían estar en verso v. gr. *El Sudario, el... y la estrella, Las...* (esto me recuerda una poesía del tinerifeño Guimerá), etc., etc.

Aquello de que la fe sirve para esperar sin desesperarse (pág. 24) está muy bien; la escuela vacía es un trozo definitivo, que debe ser reproducido en antologías. El Tímido es admirable, pero tiene un final tremendo, aquello de sacrificarse totalmente. Sí, creo que una enorme cantidad de suicidios de todas clases son por timidez. Y por no saber esperar a la muerte. Acaso yo mismo —y eso que de tímido nada tengo— de no haberme casado como me casé a tiempo a esta hora estaría o en una celda de una cartuja, o en un rincón de la parte no bendecida de un camposanto. Lo que dice Ud. del marido de la Téllez, me recuerda aquella fórmula más chistosa y es llamar a Téllez "el de la Téllez". Lo de la Nube es tremendo, tremendo; merece todo un libro. Veo en la pág. 68 que atribuye Ud. al Kempis aquello de Protágoras de que "todo es uno y lo mismo". No, ni es de espíritu kempisiano. ¿Pero de veras admira Ud. a Vargas Vila, y cree que es algo ese charlatán? Darío, sí, Darío es algo complejo... profundo, con todas sus incongruencias, pero Vargas Vila!... El... la oquedad hispanoamericana! A... Hernández no le conozco. Y si viera Ud. qué escarmentado estoy de todos esos criollos... ¡Huecos, huecos, huecos!

A lo del régimen especial para Canarias agregue usted que el declarar colonia a una región que ni lo pide ni aspira a serlo es siempre una hoguera.

Declarar a una región colonia es tanto como invitarla a que se vaya preparando a la independencia absoluta. Y tal declaración se haría no en provecho y gusto de los canarios tal vez sino de algún tercer interesado que no fuese siquiera español. Debo recordar también que Oliveira Martín en su *Historia de Portugal*, dice que si Portugal hubiese sido asimilado a España en tiempos de su ocupación por los tres Felipes, y convertido en una de las tantas provincias españolas, acaso no se habría separado. Una colonia permanece colonia y no provincia asimilada por razones internacionales, no nacionales. ¿Qué razón internacional aconseja u obliga hacer colonia a una región como Canarias que no lo es ni pide por sí misma serlo?

Su libro de Ud. es para hablar de una vez de él que para hacer citas de él tiempo en tiempo; es un repertorio.

Pero de esa obra de más empeño y alcance, algo orgánico y de conjunto. El periodismo, obligándonos a la labor fragmentaria, nos da agilidad y concisión, pero nos quita otras cosas. Y no es que falte unidad a su libro; la tiene y terrible.

Defiéndose de la nube, defiéndose sobre todo del aislamiento cuyo más profundo sentido no alcancé hasta que visité esa isla. La soledad es una cosa; el aislamiento, otra. Se puede vivir solo en medio de la plaza pública; hablando y trajinando con todos, y aislándose puede llevarse el tráfago todo mundano a su islote. Pues hay hasta *aisloteamiento*.

Me figuro, no sé por qué, que Ud. conoce mejor a la América española que la Península. Y para la enfermedad de la nube, la Península es más sana que esa terrible América española, panteón de vanidades y de envidias monstruosas. Ante la catedral de Burgos, las murallas de Avila, el acueducto de Segovia desaparecen del ánimo muchas miserias. En Toledo no es posible... rastacuerismo alguno.

A otra cosa. Lo que no me gusta es la parte material de su libro: abulta demasiado.

Cuando estuve ahí no le vi sino una vez y de paseo, yendo usted en coche; pero me hablaron mucho de usted y de sus encerronas dentro de su nube. Si ha de seguir así huya de esa isla, déjela cuanto antes y si puede venir para acá, a tierra firme española, mejor que mejor. Esta nuestra vieja, recia y calumniada tierra española guarda aún tesoros para los que aprendan a quererla. Hace acaso a los espíritus más ásperos, desabridos, duros, pero disipa las nubes del aislamiento.

Nada más por hoy.

Un apretón de manos de,

MIGUEL DE UNAMUNO

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

APUNTES PARA SU OBRA

ITZHAK BAR-LEWAW

The University of Kansas,

Lawrence, Ka.

UNA OBRA LITERARIA es, en la mayoría de los casos, la producción de un ser humano cuyos elementos son captados por él, en el ambiente donde ha pasado, por lo menos, algún tiempo de su vida. Mas el ambiente, por sí solo, no puede explicar todos los factores de creación de un poeta o de un escritor. Menester es también conocer otros elementos de índole hereditaria, familiar, económica y social. Eso, naturalmente, no quiere decir, que el conocimiento de la vida de un poeta o de un escritor, aclare todos los secretos de su obra, pero ignorándola es imposible dar una interpretación justa de su creación literaria.

Es el caso de José Asunción Silva. Nace en el seno de una familia rica, en la llamada entonces, Santa Fe de Bogotá, ciudad fría, al pie de los cerros de Guadalupe y Monserrate, situada a unos 2,600 metros de altura sobre el nivel del mar.

De sus antepasados, hereda nuestro poeta un padecimiento psicopático que causará su neurosis, y, al fin y al cabo, le llevará al suicidio. El abuelo paterno se mató, y un tío suyo fue un demente "aficionado" a la soledad. Mimado por su familia, Silva pasa su niñez y juventud en un ambiente que bien pudo ser la causa indirecta de su trágico fin. En la casa de sus ricos padres, se habitúa a vivir con excepcionales refinamientos. Desde joven, envidiado por sus coetáneos, que lo llaman "el niño bonito" o José "Presunción", tiene por costumbre vivir solitario y retraído, aficionado a sus lecturas. No raras veces presencia en su casa las reuniones de lo más selecto, la "élite" de la sociedad de las letras bogotanas en aquella época: Isaacs y Carrasquilla, Pombo y Marroquín, entre otros distinguidos literatos colombianos.

Su educación no fue completa; a los 16 años está obligado a dedicarse a